

DISCURSO

PRONUNCIADO EL DÍA

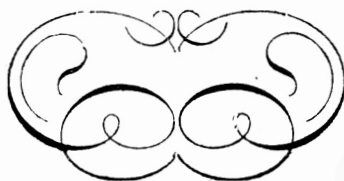
27 DE SETIEMBRE

DE 1860

EN LA ALAMEDA DE PUEBLA,

POR EL C.

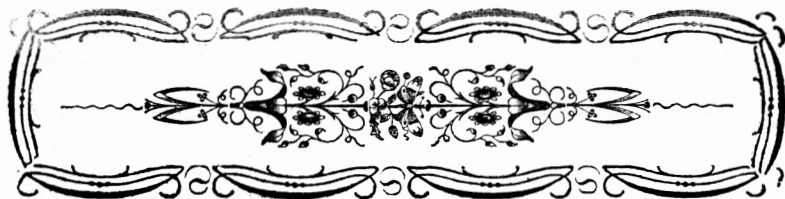
Mannel Gava.



PUEBLA.

IMPRENTA DE MIGUEL O'FARRILL,
Calle del Estanco de las Mujeres núm. 11.

1860.



Enlacemos un nombre glorioso
De los siglos al rápido vuelo
Elevemos los ojos al cielo
Y á los años que están por venir.

HEREDIA.

MEXICANOS: Una de las virtudes que para dicha de la humanidad, animan el corazón del hombre es la gratitud. Sentimiento bellísimo que enalteciendo al que lo posee, ensancha el corazón y llenándolo de inefable ternura, endulza los sufrimientos, haciéndole llevar con resignación los males que no le es posible evitar. Emanación divina que como todas las virtudes une al hombre con el cielo, y cuya falta es quizá más despreciable y odiosa que el crimen mismo. Abrid si no, ese gran libro de los pueblos que se llama historia, y en casi todas sus páginas vereis consignados los más nobles ejemplos de los que poseyeron esta hermosa virtud, y relegados al olvido ó al desprecio á los que de ella carecieron, más ó menos felices los primeros, desgraciados casi siempre los segundos.

El pueblo mexicano al recordar una de sus más relevantes glorias, se muestra agradecido á su libertador, á quien le dió patria, á D. Agustín de Iturbide, y solemnizando en este día tan grato re-

—4—

cuerdo, colocará mañana una flor en la tumba de tan distinguido héroe, presentándole desde hoy las ovaciones de su reconocimiento y gratitud.

La Junta Patriótica de esta ciudad ha querido hacerme el honor de ser el intérprete de sus sentimientos, y á pesar de mi insuficiencia, procuraré corresponder dignamente á esta inmerecida confianza.

Bien conocidos son los gloriosos hechos cuyo aniversario celebramos en este día, mas sin embargo, no por eso me privaré de la satisfacción de referirlos. También los griegos y los romanos en otros tiempos, y en los nuestros las naciones mas ilustradas refieren y cantan las hazañas de sus héroes, y estos cantos y estos recuerdos son una espresion sublime de su gratitud y de su gloria nacional.

En la pequeña poblacion de Dolores, su respetable y virtuoso párroco fué el primero que concibió la difícil y colosal empresa de hacer de una colonia española un pueblo libre é independiente; fué el primero que se atrevió á saltar á la arena desafiando al leon de Iberia, y fué el primero tambien, que lleno de santa abnegacion y del valor sublime de los mártires, en una noche para siempre memorable, dió el primer grito de libertad é independencia, sacrificando su quietud, su porvenir y su vida en las aras de la patria. Tan noble ejemplo fué seguido por mil valientes que arrostrándolo todo, abrazaron entusiasmos la mas digna y justa de las causas. ¡Heroismo sin igual el de aquellos hombres, que sin valimiento, sin influencia, pobres y débiles arrojaron el guante á un gobierno fuerte y poderoso! Comenzaron una lucha, en verdad, muy desigual, peleaban contra la fuerza y el poder, pero tenian de su parte la razon y la justicia. Al fin fueron vencidos, sucumbieron, pero habian sembrado ya una semilla, que regaron con su sangre y que mas tarde debia producir hermoso fruto.

Once años despues, el pueblo de nuestra hermosa capital, lleno de entusiasmo y de júbilo victoreaba al ejército y al caudillo cuyos esfuerzos nos hicieron aparecer en el mundo como nacion independiente. El pabellon de Iguala se veia donde antes tremolara el pendon de Castilla, y ondeaba á la vista de un pueblo dichoso y lleno de alhagüenas esperanzas. La Europa nos contemplaba creyendo ver realizada la prediccion de Iturbide cuando decia: “esos pueblos hermosos, esas provincias dilatadas, van á ocupar un lugar muy distinguido en la historia del universo. ¡Nobles deseos del padre de nuestra independencia que por desgracia no han llegado á realizarse!

Era el día 27 de Setiembre de 821. Rodeado de los jefes que mas se habian distinguido en la sangrienta lucha que sucedió al grito de Dolores, veíase al generalísimo D. Agustin de Iturbide radiante de alegría al contemplar su obra, recibiendo las aclamaciones sinceras y entusiastas de un pueblo noble y generoso, que despues de once años de encarnizada y tenaz lucha alzaba la frente or-

—5—

gulloso esclamando: tenemos patria y libertad, vindicándose así de tres siglos de dominio y opresion. La espada vencedora de Iturbide habia cortado para siempre el lazo que ataba al nuevo mundo con el antiguo.

El plan proclamado en Iguala, esa obra maestra de política y saber, que conciliaba todas las opiniones, que alhagaba todos los intereses, si por entonces no emancipaba de derecho la nueva de la antigua España, establecía de hecho su independencia y esto era mucho conseguir.

“Pero para llevar adelante tan grandiosa obra, era necesario un génio superior que avasallando todos los espíritus, reprimiendo las ambiciones particulares, dando garantías de su capacidad y de sus intenciones, pudiese uniformar la opinion y elevando el pabellon mexicano dejase aislados á sus enemigos.”* Iturbide era este génio privilegiado, Iturbide reunía aquellas preciosas condiciones, y su sábio plan reasumiéndolo todo estaba compendiado en estas tres palabras: independencia, religion, union, simbolizadas en los tres colores de la bandera nacional.

¡Qué espectáculo mas imponente y sublime que el que en el memorable 27 de Setiembre de 821 presentara el pueblo de la capital! Unido por un mismo sentimiento, afirmado por una misma conviccion y aspirando unánime á un mismo fin. ¡La independencia nacional!! El ejército mexicano sostén y escudo de las tres garantías del plan, fuerte por su número, pero aun mas por su union hácia su entrada brillante y victoriosa enmedio de un pueblo de hermanos, enmedio de un pueblo que lo recibia con férvidas aclamaciones de gratitud y reconocimiento. Iturbide era entonces el ídolo á quien incensaban los mexicanos; ídolo que mas tarde derribarian. Risueño y lleno de las mas alhagüeñas esperanzas se miraba el porvenir de la nacion. Un vasto horizonte se le presentaba, y desde aquel dichoso dia entraba á ocupar un lugar en el numero de los pueblos libres y civilizados, habia alcanzado el rango de nacion independiente, iba ya á gobernarse por si sola, á dictarse sus leyes, á cubrir sus necesidades, sin someterse ya á la ley ó capricho de sus antiguos señores. El carácter conciliador y generoso de Iturbide uniendo los ánimos divididos convenció á los mexicanos de que el primer uso que deberian hacer de los derechos que su emancipacion política les daba, era establecer un gobierno, que basado sobre nuevas instituciones y apoyado en el patriotismo en la buena fé y en la justicia emanase antes que todo de la voluntad nacional llenando las exigencias y necesidades del país. La nacion agradecida entonces, colocó sobre las sienas del libertador la corona del imperio, y en verdad que no hubiera encontrado otras mas dignas y merecedoras de tan alto y distinguido premio.

* Zavala.

—6—

Pero, ¡ay! la discordia civil lanzó á poco tiempo su fatal manzana entre nosotros, comenzó á ejercer su funesto dominio la ambición y el torbellino revolucionario arrasándolo todo, derribó el trono, sepultando entre sus ruinas al ídolo de la nación al genio ilustre que la había dado el ser. Quisose mas libertad, y abusando de esta palabra fascinadora, se alzó de nuevo el estandarte de la rebelion, huyó la paz, y entronizada la anarquía volvieron sus armas hermanos contra hermanos, desquiciándolo todo y concluyendo por arrojar de la patria al invicto caudillo de la independendencia nacional.

Si dirigida la nave del Estado por manos tan espertas había aun tan inminente peligro de que naufragase en el proceloso mar de tantas ambiciones, de tantos intereses, de tantas pasiones encontradas ¿qué iba á ser de ella al faltar el intrépido é inteligente piloto que la dirigia? ... La nación entregada á facciones que se disputaban el poder, descuidaba de lo principal á que debiera dirigir su atencion: á consolidar su independendencia; y lejos, muy lejos de esto, ruines y odiosas disputas dividian los animos, debilitaban su fuerza y enervaban su accion.

España entretanto, aprestaba nuevos elementos para renovar la lucha y recobrar su perdida conquista; mas por misteriosos y ocultos que fueran estos preparativos, llegaron sus rumores á oídos del que allá en su destierro velaba por nuestra independendencia. Contempla conmovido el peligro en que nos hallamos, presuroso vuela á ofrecer otra vez sus servicios y su espada, y al pisar de nuevo las playas de la patria ¿sabeis lo que le esperaba?... ¡un cadalso! ¡así se recompensaba tanto patriotismo, tanta abnegacion, tanto y tan noble desinterés! ¡Ingratitud horrible que hasta hoy estamos expiando! porque desde el día funesto en que se consumó el crimen de Padilla, no ha lucido para nosotros uno de paz y de ventura.....

¿Cual ha sido el fruto de tan caro y costoso sacrificio? ¿qué hemos hecho para conservar sin mengua ni mancha la hermosa herencia que el héroe de Iguala nos legara? Verguenza y dolor causa decirlo, pero al recordarlo ahora, cuando nos confesamos agradecidos presentemos siquiera el justo homenaje del arrepentimiento.

Y aunque hoy no es el día de las recriminaciones sino el de el regocijo, ni este el lugar de exaltar las pasiones ni los ánimos sino el de procurar conciliarlos, veamos sin embargo, aunque muy someramente que hemos hecho para considerarnos dignos de ese precioso legado que nuestros padres nos dejaron.

Roto el dique de las revoluciones, su impetuoso torrente debía salvar sus límites é inundarlo todo. En el triste periodo que de la independendencia acá hemos recorrido, las disensiones civiles todo lo han desvirtuado, y nada ha habido entre nosotros que la mano del fratricida no lo haya cambiado ó destruido. Desde aquel infausto día se oscureció la estrella de México, y el águila nuestro emblema

—7—

y nuestro escudo, ya no levanta su miraa ativa, ni sus tendidas alas abrigan á los hijos del Anáhuac. Las revoluciones sucediéndose unas á otras, han traído por resultado, el que viéramos hollado nuestro hermoso suelo por la inmunda planta del invasor, el pabellon nacional derribado del puesto en que lo colocara Iturbide, nuestro territorio reducido á la mitad, y todavía nuestros ambiciosos vecinos lanzan ávidas miradas á la parte que aun nos queda.

Mas ¿para que traer á la memoria las desgracias pasadas? ¿son acaso menores las presentes? Armado el hermano contra el hermano, el hijo contra el padre; en vez de un verde cuadro, nuestros campos no presentan sino un inmenso lago de sangre: vemos á las familias abandonar sus hogares, arrojando la miseria; las haciendas, las poblaciones invadidas por bandas de malhechores desenfrenados, que asesinan al hombre pacífico, insultan á la esposa y roban á las hijas el mas precioso de sus tesoros. La religion, único vínculo de alianza y de fraternidad que existia entre nosotros, es objeto hoy del ódio y de la persecucion mas encarnizada; y vemos á un pueblo católico próximo á caer en el indiferentismo religioso, plaga la mas horrible que aflige á las sociedades corrompidas. Los caminos públicos infestados de bandidos, el sacerdocio ultrajado, la agricultura arruinada, el comercio en decadencia, y las artes y las ciencias en abandono; el anciano, el huérfano y la tímida doncella sin amparo ni abrigo. ¡Tal es el resultado de nuestras discordias! tal el estado que guarda nuestra desventurada patria.

Dotada por la naturaleza con los mas ricos dones, encierra todo lo necesario para florecer; reúne todos los climas y todas las producciones del antiguo y del nuevo continente; bosques inmensos pueblan la falda de sus montañas gigantescas, y las que desnudas de vegetacion ofrecen á la vista un aspecto árido y sombrío, encierran en sus entrañas las vetas argentíferas que mas producen en el mundo; tiene rios que serian navegables y una estensa costa la limita en ambos mares. ¿Y que es tanta riqueza en nuestras manos? ¿De que sirve que el pueblo mexicano la posea, si en vez de emplear su fuerza en esplotarla la gasta toda en una guerra fratricida?

Mexicanos, ¿sabeis la suerte que nos espera si continuamos divididos? Preguntad á la Polonia ¿cuál fué su destino cuando la espada del polaco atravesó el pecho de su hermano? Dejó de existir, y fué la presa de las naciones que la rodeaban. Tal será tambien nuestro porvenir si continuamos divididos. Seremos los esclavos de esa raza invasora del Norte que nos ódia y nos desprecia. De las montañas del Vermont, de las llanuras del Misouri, de los terrenos pantanosos de la Georgia y la Luisiana, de todas partes vendrán esos hombres sedientos de oro y de dominio á inundar nuestros valles y á infestar nuestros campos y ciudades. Seremos sus esclavos; y nuestros hijos, con la frente inclinada de rubor, se verán reducidos

—8—

á la condicion mas abyecta y miserable. Esclavos, sí, porque esa raza solo quiere la libertad para ella, y el desprecio para todo lo que no le pertenece: nuestras costumbres, nuestro idioma, serán objeto de su saña y nuestra religion tambien, porque han de querer imponernos las suyas, en mengua de la fé de nuestros padres.

¿Y llegará ese dia de afrenta, sin que luchemos unidos en nuestra defensa? ¡No! hagamos un esfuerzo supremo: unámonos todos, cesen los rencores ante el peligro inminente en que se encuentra nuestra nacionalidad. Cada pecho mexicano será entónces un dique que contendrá el torrento invasor, y cada corazon una fuente de ódio para los enemigos de la patria. Semejantes al jóven Cartaginéc que juraba hacer continúa guerra á Roma, juremos tambien nosotros, no dejarnos subyugar y ser siempre independientes. Unámonos pues, que unidos seremos fuertes, y fuertes y unidos conservaremos ílesa la integridad nacional; y cuando la paz y el órden público estén sólidamente establecidos, cuando el grito tumultuoso de las pasiones calle, y permita escuchar los suaves acentos de la razon, cuando dóciles y deferentes á la autoridad, seamos el mas firme apoyo de la ley y la justicia, cuando desaparesca para siempre de entre nosotros ese funesto espíritu de rebellion que todo lo trastorna, entónces seremos dignos de ser libres é independientes, entónces no habrán sido estériles los esfuerzos y sacrificios de los padres de la patria, y entónces por fin, nos haremos merecedores del respeto y consideracion de las naciones civilizadas.—DIJE.

